

## Ángeles y demonios

Silvia Molina

Cuando Marco Antonio Campos me sugirió que hablara sobre las jóvenes mujeres novelistas, creí que la lista me iba a provocar desasosiego. ¿Cómo haría para leer tantos textos? Luego reflexioné: "se trata de novelistas; no, de cuentistas". Y cuando finalmente tomé el lápiz y el papel para escribir los nombres, no pasé de tres. Entonces decidí estirar la juventud a cuarenta años (no nos vamos a pelear por unos mesecitos) y no pasé de cuatro; y entonces decidí estirla más, un poquito más (no nos vamos a pelear por unos añitos), a cuarenta y cinco y tuve un total de seis escritoras. Por orden "alfabético": Brianda Domecq, Jennie Ostrosky, Aline Pettersson, María Luisa Puga, Gabriela Rábago y Martha Robles. ¿Qué hacer? Primero acepté que nuestro equipo cuenta con menos novelistas; es un hecho. Después creí que lo más justo era hablar sobre las de verdad jóvenes aunque fueron dos. Ni modo. Ellas son Jennie Ostrosky y Gabriela Rábago.

Durante esta última *Feria del libro* participé en la mesa redonda "La temática de la narrativa mexicana contemporánea". El título, por ambicioso, me asustó. Que tire una piedra quien haya leído toda la producción literaria reciente. Eché un vistazo a algunas de las novelas escritas durante las últimas dos décadas y, sincera-

mente, llegué a una conclusión. Se la dije a María Luisa Puga por teléfono: "¿Crees que se molesten si les digo que la temática de la narrativa contemporánea se parece a la cocina mexicana en aquello de la variedad?" "Puede ser original", me contestó muy circunspecta. No lo dije así, pero encaminé todas las líneas de mis cuartillas a una sentencia: "Basta de generalizar". Ya estamos hartos de las denominaciones "literatura urbana", "literatura del 68", "literatura de la onda". ¿Por qué encasillar? Creo que la novela es el reflejo de una realidad, sea ésta interior o exterior; también pienso que expresa, necesariamente, circunstancias y visiones propias de cada autor; lo que la hace sujeto de un análisis particular. Nada más tonto que etiquetar a Agustín Ramos, por ejemplo, como continuador de la corriente de "la onda". Agustín Ramos tendrá una tradición que le precede, pero es poseedor de un presente distinto y de un lenguaje con resonancias y modulaciones propias.

Esta reflexión, la de no generalizar, me llevó a una lectura diferente de las novelas de Jennie Ostrosky y Gabriela Rábago Palafox. ¿Literatura del 68? ¿Novela urbana? ¿Por qué mejor no decir qué nos proponen? ¿Cómo lo expresan? ¿De qué manera la lectura de su obra

me afectó? ¿Cómo se dicen ellas mismas la vida y las palabras?

Para comenzar, las dos escritoras pertenecen a una década posterior a la mía. Y me parece importante resaltarlo porque serán los años no sólo de su formación sino el apoyo de su obra. De tal suerte que si para mí, "El mundo antiguo" de *Las batallas en el desierto* es apenas reconocible; para ellas, de veras, debe ser la "antigüedad", pues no únicamente ya había televisión sino que habían quedado atrás los episodios de *El imperio submarino* y la lucha libre de mujeres, programas que a mí realmente me impresionaron. ¡Entonces ya pasaban *Las inmortales del Cine Nacional!* Sólo los mayores hablaban de Clark Gable, de Tyron Power, de Ava Garner. No voy a hacer un inventario de esos y otros años, baste decir que pasaron cuando menos tres gobiernos: el de la corbatita de moño, el de los viajes y el de la represión; bueno, también el de los aleteos de San Jerónimo. Tiempo necesario, entre otras cosas, para advertir el cambio de la ciudad. Todo esto quiere decir que en la clase de literatura de la secundaria ya no les hablaron nada más de la novela costumbrista y de la Revolución. Les hicieron leer *El luto humano* (1943), *Al filo del agua* (1947) y *El laberinto de la Soledad* (1950). Y los maestros les deben haber asegurado que había nacido un nuevo derrotero de la narrativa mexicana (de Juan Rulfo a José Agustín, para no hacer genealogías interminables) y de la narrativa latinoamericana (de Borges a Vargas Llosa). Y después, vienen nuestros dos textos en cuestión.

Leo pues *El abecedario, la ciudad y los días* de Jennie Ostrosky, y releo *Todo ángel es terrible* de Gabriela Rábago Palafox. Lo primero que me sorprende es el contraste que encuentro en el lenguaje: Gabriela es medidísima; Jennie se desborda. No puedo pasar de largo que las dos me hablan de una misma ciudad: el De Efe; y además, por los mismos años: los sesenta. Gabriela rescata objetos, personajes y un aliento de la vida durante aquellos años, en un ambiente casi de provincia de ciertas colonias de la Ciudad de México, donde el tañido de la campana de la parroquia es el reloj, donde escuchamos las voces y los silbatos de los pregoneros, donde desenvolvemos chocolates con cuentos de Calleja y quemamos la envoltura de los chicles mágicos. Jennie nos hace

reconocer una ciudad que le duele por todo lo que ha perdido, un De Efe cuyo espacio es una pesadilla, cuyo aire ha dejado de ser vida, una ciudad de masas y de masacres. ¿Pero es realmente la ciudad lo que ellas buscan transmitirnos? No. Buscan contarnos *algo* y es ese *algo* lo que yo tengo que comentar. Y para no darle más rodeos al asunto voy a empezar: ¿cómo decirlo ya de una vez? Creo que la novela de Gabriela Rábago me surtió efecto en el sentido de que me provocó desasosiego el que decidiera no liberar a su personaje (es una novela de personajes; voy a aclararlo después). Y pienso también, que Jennie perdió el control de su texto, de la disciplina de la novela y que su narración se volvió un péndulo que va de la prosa a la poesía.

*Todo ángel es terrible* me mantuvo, quizá un poco a mi pesar, cautiva de su desarrollo, me paseó por la nostalgia de la Ciudad de México enterrada bajo los ejes viales, me condenó a la lectura de una familia mexicana de ésas que ahogan a los hijos en la incomprensión, en los complejos de culpa, y que les enseñan que "la verdad" debe ocultarse a toda costa. Familias donde la consigna es la hipocrecía, las apariencias, y, sobre todo, mantener la honra. Y la verdad me indigné porque el personaje no es capaz de hacer erupción, porque la prosa lo contiene y lo detiene. Si esa fue la intención de la escritora, lo logró. Y por otro lado, reflexioné sobre la vida del relator en el instante de estar haciendo el recuento sobre su infancia (entiéndase su vida de adulto) y me quedé con la sensación de que va a repetir con sus hijos el modelo de engaño aprendido en su hogar, un modelo de sordidez y desamparo: "que nadie sepa lo que somos". *Todo ángel es terrible* no es una novela anodina, insustancial o ineficaz porque nos va llenando de tensión; incluso nos trasmite la angustia y la inconformidad. Es como si nos hubiéramos detenido a observar un pleito y de pronto uno de los protagonistas nos insultara; o como si hubiéramos elegido en la pelea un favorito para vencer, seguros de su razón y su fuerza, y de pronto lo viéramos maniatado recibiendo golpe tras golpe.

La anécdota es sencilla: Octavio, el narrador, recibe un telegrama de su hermano Andrés a quien un día atacara ciegamente; como no sabe cuál será su propia reac-



Luis Arturo Ramos, Silvia Molina

ción ante esa presencia indeseada, relata a un interlocutor anónimo los años de su infancia, registrando en ellos hasta el mínimo placer o sufrimiento.

La narración es un monólogo interior de corte autobiográfico. El lenguaje es sereno y contenido. Los personajes se presentan en una familia clase media venida a menos, desquebrajada por la perenne ausencia del padre y por la eterna postración de una madre cuyos embarazos, uno tras otro, ponen en peligro su vida. Los hijos crecen desorientados caminando a tientas entre la soledad y la angustia; y sus relaciones con el mundo exterior —el que está fuera de la casa—, siguen siendo igual injustas e incomprensibles, y generan la misma necesidad de ser amados o de sentirse protegidos. Las circunstancias llevan a Octavio al distanciamiento de las únicas figuras que hubieran podido sacarlo de la soledad (el abuelo, el hermano, la madre); y tanta rabia acumulada hace que un día, Octavio, ciego de ira, hunda una navaja en el rostro del hermano. El narrador evoca, pues, la infancia, para decirse cosas, para encontrarle un sentido a la existencia; sin embargo, el desenlace sigue teniéndole miedo al pasado.

*El abecedario, la ciudad y los días* de Jennie Ostrosky es también una narración en forma de monólogo interior, y aunque ha sido vista como *novela*, yo me atrevería a afirmar que su estructura no **corresponde**, al menos, a la de la novela tradicional. Paso a explicar: es un texto demasiado libre donde no hay acción, no existen personajes autónomos que se muevan por la escritura independientes, que uno los vea hacer o decir, y la anécdota es borrada por el empeño de la autora en darnos su experiencia poética. ¿Qué efecto causó en mí esta lectu-

ra? Desde luego me hizo pensar en las injusticias de un sistema autoritario, leí el empeño de enfrentar la creación a la violencia, leí un hambre de decir que en verdad me conmovió. Creo que lo importante para Jennie Ostrosky era poner de manifiesto una serie de “vivencias”, curiosamente no vividas, sino atrapadas de la experiencia del otro: una *vivencia intelectual* en donde lo que cuenta es la relación entre el lenguaje, el espacio y el tiempo. Y en ese “fluir de la conciencia”, se nos entrega una larga reflexión sobre el amor, el desencanto, la injusticia y el dolor. La voz narradora tiene una gran necesidad de reconstruirse, de recuperar, digamos, la identidad. Así, la escritura de *El abecedario*. . . se bifurca en dos voces narrativas (una femenina y otra masculina) igualmente cargadas de dramaticidad y donde, a mi juicio, sobra lirismo. Dos voces que se desdoblaron en la soledad hacia la esperanza de atrapar un instrumento —el abecedario— que les permita la cordura y la reconstrucción de la ciudad y de los días desintegrados. Y la ciudad que plantea la escritora está poblada por demonios y no es una ciudad para la nostalgia ni para la añoranza sino un infierno habitado por palabras extrañas.

Una joven pareja, la Noche de Tlaltelolco, la separación, el encarcelamiento, la tortura, la locura son enunciados que se nos van dando diluïdos en reflexiones, reiteraciones, obsesiones, enumeraciones, metáforas, glosas, poemas, citas. . . maremagnum donde el lenguaje —el abecedario— está condenado a buscar la lucidez. El movimiento estudiantil del 68 —la autora tendría 13 años— se nos entrega como una experiencia de la razón, como un testimonio basado en la reflexión.